

El Bajo de la Campana.

Frente a las costas de San Javier, cerca de la isla Grosa, se eleva, desde los 24 metros de profundidad, el Bajo de la Campana. A lo largo del tiempo, ha sido causa de unos cuantos naufragios, tragedias que dejan sus huellas en el mar y, al cabo del tiempo, narran su historia.

Ahora, las cuerdas y las etiquetas de los arqueólogos submarinos son el primer paso para entender ese cuento antiguo.

El yacimiento del Bajo de la Campana lo descubrieron, en la década de 1950, unos buceadores en busca de la chatarra acumulada por los naufragios. En varias campañas arqueológicas realizadas en la década de 1970, sobresalió el hallazgo de 13 colmillos de elefante con inscripciones fenicias.

Una breve investigación submarina en 1988 permitió constatar la existencia de tres hundimientos antiguos en esta zona. Y desde entonces en el Bajo de la campana no se volvió a buscar el pasado hasta el año 2007.

Ahora, las manos expertas desbrozan el camino del conocimiento. Retiran organismos epífitos, pero en realidad es el tiempo lo que apartan.

Es una tarea ardua. Durante años se han practicado voladuras en el bajo para que las embarcaciones encontraran menos escollos. Las rocas fueron cayendo sobre los restos y si bien pudieron romper u ocultar algunas piezas, también las escondieron de la codicia y el expolio. Lingotes minerales, ánforas, cuchillos, cuencos, peines, espejos, piñones y pistachos

Ahora se alían el plástico el barro para poner a salvo el patrimonio histórico. Hay que llevar las piezas a tierra, donde contarán su historia y las de las manos que las construyeron.

Por eso, por la vida que saben que alberga, los investigadores tratan los hallazgos con un cuidado exquisito.

Pero antes hay que hallarlos y documentarlos. Aquí se reinventa el juego de los barcos y se plasma en el tablero de la ciencia donde adquiere un sentido literal y profundo. Letras y números son la topografía precisa e inequívoca del pasado.

Y en algunos de esos escaques de dos por dos metros, la rutina del trabajo minucioso se convierte en emoción y sorpresa.

Entonces ya no vale la manga de succión. Hay que retirar la arena con tiento y sabiduría.

Entre las piezas halladas en la excavación, se han extraído recientemente quince colmillos de elefante, que se añaden a otros trece encontrados en la década de 1970. Algunos de esos marfiles están labrados con inscripciones fenicias; por si fuera poco el histórico, se trata de las defensas de una especie de elefante ya extinguida que habitó en el norte de África.

Pero aquí, en la profundidad del mar, apenas hay tiempo para la emoción, hay que cubrir la última etapa con precisión y sin errores. Ha sido un largo camino desde el siglo VII antes de Cristo hasta el Museo Nacional de Arqueología Subacuática.